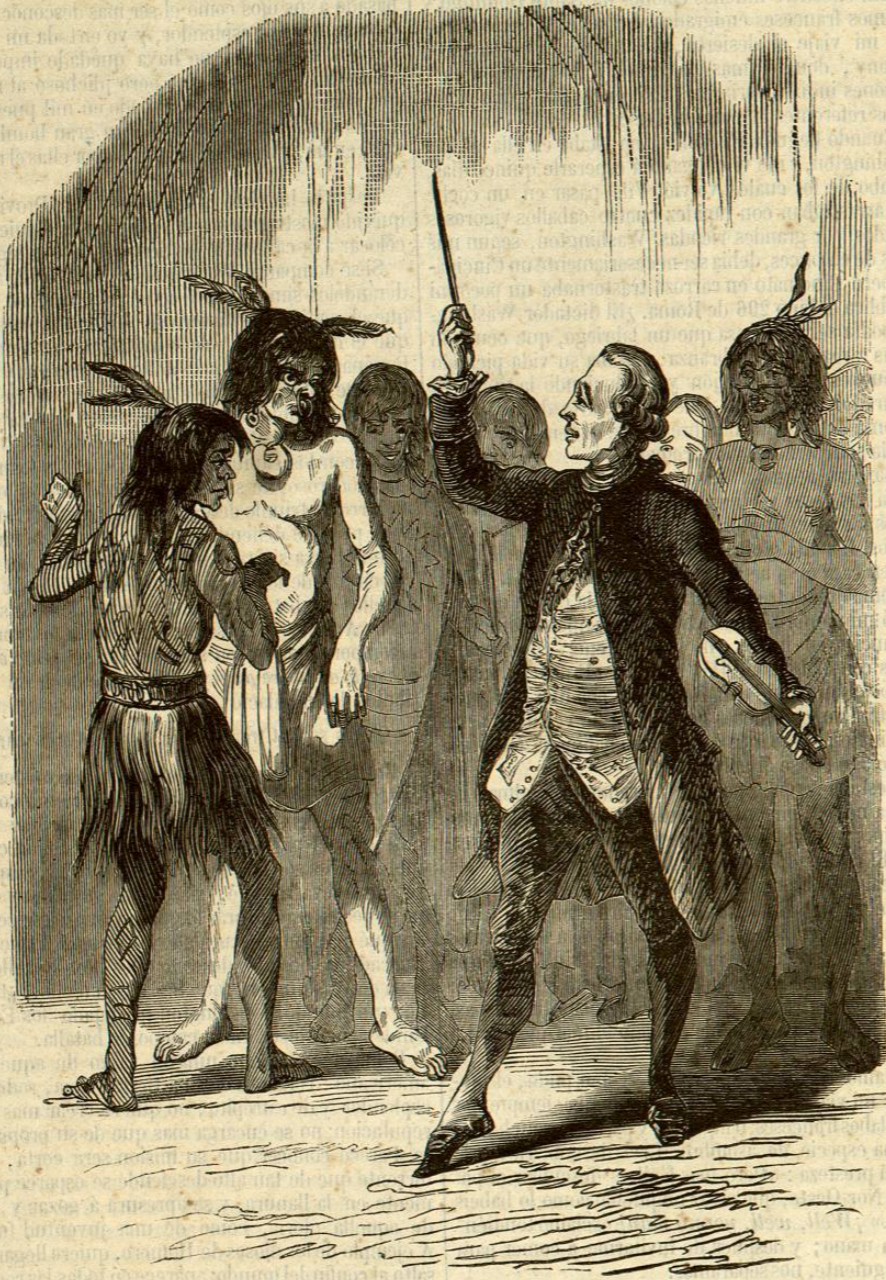


Bonaparte arrebató á una nación su independencia: emperador caído, es precipitado en el destierro, donde el espanto de la tierra no le cree bastante seguro bajo la custodia del Océano; y en tanto que se debate contra la muerte, débil y encadenado en una roca, la Europa no se atreve á deponer las armas. Espira: y

aquella noticia, publicada á la-puerta del palacio ante el cual habia proclamado tantos funerales el temido conquistador, no detiene ni admira al viador: ¿qué tenían que llorar los ciudadanos?

La república de Washington subsiste, el imperio de Bonaparte está destruido: no ha vivido mas que el



EL MAESTRO DE BAILE DE LOS IROQUESES.

tiempo trascurrido el primero y segundo viaje de un francés que ha hallado una nación reconocida, allí donde habia combatido por algunos colonos oprimidos.

Washington y Bonaparte salieron del seno de una república, y ambos fueron hijos de la libertad; pero el primero la ha sido fiel y el segundo la ha hecho traición. Su suerte, puesto que la eleccion está hecha, será diferente en el porvenir.

El nombre de Washington volará con la libertad, de edad en edad: marcará el principio de una nueva era para el género humano.

El nombre de Bonaparte será repetido tambien por las generaciones futuras; pero no irá unida á él ninguna bendicion, y servirá frecuentemente de autoridad á todos los tiranos.

Washington ha sido el representante legitimo de las

necesidades, de las ideas, de las luces, de las opiniones de su época; ha secundado en lugar de contrariar el movimiento de los espíritus; ha querido lo que debia querer, la cosa á que era llamado, y de aqui la coherencia y perpetuidad de su obra. Este hombre que llamó poco la atencion, porque fue sencillo y se mantuvo en las proporciones de lo justo, ha confundido su existencia con la de su país; su gloria es el patrimonio comun de la creciente civilizaci6n; su renombre se eleva como uno de esos santuarios de donde mana una fuente inagotable para el pueblo.

Bonaparte podia tambien haber enriquecido el dominio público, porque trabajaba en la nación mas civilizada, inteligente, bizarra y brillante de la tierra. ¡Cuál seria hoy el rango que ocuparia en el universo si hubiese unido la magnanimidad á lo que tenia de heroico, si, Washington y Bonaparte á la vez, hubieran nombrado á la libertad por heredera de su gloria!

Pero aquel desmesurado gigante no enlazó sus destinos con los de sus contemporáneos: su genio pertenecia á la edad moderna, su ambicion era de los antiguos dias; no comprendió que los milagros de su vida superaban con mucho al valor de una diadema, y que aquel adorno gótico le sentaria mal. Ora adelantaba con el siglo, ora retrocedia hacia lo pasado; y ya se remontase ó siguiese el curso del tiempo, su fuerza prodigiosa arrastraba ó rechazaba sus olas. Los hombres no fueron á sus ojos mas que un medio de poder, y así es que ninguna simpatía estableció entre su felicidad y la suya. Habia prometido librarlos, y los encadenó; aislose de ellos y se alejaron de él. Los reyes de Egipto colocaban sus fúnebres pirámides, no entre las campiñas florecientes, sino en medio de las arenas estériles: aquellas grandes tumbas se elevan como la eternidad en la soledad. Bonaparte ha edificado, á ejemplo suyo, el monumento de su reputacion.



EL SAQUEM DE LOS ONONDAGAS.

Los que como yo han visto al conquistador de la Europa y al legislador de la América, desvia hoy sus ojos de la escena del mundo; porque unos cuantos histriones, que hacen llorar ó reir, no valen la pena de ser mirados.

Un carruaje, parecido al que me habia llevado desde Baltimore, me condujo de Filadelfia á Nueva-York, ciudad alegre, populosa y comerciante, y que no obstante estaba muy distante de ser lo que es hoy. Una de mis primeras operaciones fue dirigirme en peregrinacion á Boston para saludar el primer campo de batalla de la libertad americana. «He visto los campos de Lexington, y me he detenido ante ellos absorto en el silencio mas elocuente, como el viajero al frente de las Thermopilas, para contemplar la tumba de aquellos guerreros de ambos mundos, que fueron los primeros que murieron por obedecer las leyes de la patria. Hollando aquella tierra filosófica, que me decia con su muda elocuencia cómo se pierden y se elevan

los imperios, confesé mi ignorancia respecto á las miras de la Providencia, y humillé mi frente en el polvo.» (*Ensayos históricos.*)

Vuelto á Nueva-York me embarqué en el paquebot que navegaba con direccion á Albany, y surqué el rio de Hudson, llamado tambien el Rio del Norte.

En una nota del *Ensayo histórico* he descrito una parte de mi navegacion por este rio, en cuya orilla se confunde hoy con los republicanos de Washington, uno de los reyes de Bonaparte, y lo que es mas, uno de sus hermanos. En esa misma nota he hablado del mayor Andrés, de aquel infortunado jóven, acerca de cuya suerte pronunció un amigo, cuya pérdida nunca deploraré bastante, sentidas y enérgicas palabras euando Bonaparte estaba próximo á subir al trono en que se habia sentado Maria-Antonieta (1).

Llegado á Albany, fuí á buscar á Mr. Swift para

(1) Mr. de Fontanes, elogio de Washington.

quien me habían dado una carta en Filadelfia. Este americano se ocupaba en el trato de peleterías con las tribus indias enclavadas en el territorio cedido por Inglaterra á los Estados-Unidos; porque conviene observar que las potencias civilizadas se reparten á su capricho las tierras americanas como si les pertenecieran. Despues de haber hablado largo tiempo con Mr. Swift, este me hizo objeciones sumamente razonables acerca de mis proyectos, diciéndome entre otras cosas, que era imposible emprender de buenas á primeras un viaje de aquella importancia, solo, sin auxilios, apoyo ni recomendación para los puestos ingleses, americanos y españoles, por donde me vería obligado á pasar; que aun cuando tuviera la dicha de atravesar tantas soledades sin accidente alguno, llegaría á regiones heladas donde perecería de frío ó de hambre. Aconsejóme despues, empezara por aclimatarme á aquel clima haciendo por via de aprendizaje alguna escursion al interior de América; que aprendiera el sioux, el iroqués y el esquimal; y por fin que viviese algun tiempo entre los que recorrian los bosques canadienses y los agentes de la compañía de la bahía de Hudson. Hechas estas experiencias preliminares, podria entonces, con ayuda del gobierno francés, proseguir mi atrevida empresa.

Estos consejos, cuya prudencia no podia menos de reconocer, me disgustaron sin embargo; pero si no me hubiera fiado de ellos, hubiera partido directamente al polo, como se va de París á Saint-Cloud. Oculté no obstante, á Mr. Swift mi desagrado, y le supliqué me procurase un guia y caballos; á fin de dirigirme á la catarata del Niagara y de allí á Pittsburg, desde donde podria bajar al Ohio. No podia desear de mi fantasía el primer plan que me habia trazado.

Mr. Swift puso á mi disposicion un holandés que hablaba muchos dialectos indios, y despues de haber comprado dos caballos, me apresuré á dejar á Albany. Todo el país comprendido hoy entre el territorio de aquella ciudad y el de Niagara está habitado, cultivado y atravesado por el famoso canal de Nueva-York; pero entonces estaba desierta una gran parte de él.

Cuando despues de haber pasado el Mohawk, me hallé en aquellos bosques, en cuyas espesuras jamás se habia oido el hacha del leñador, experimentaba una especie de éxtasis que no he podido menos de referir en el *Ensayo histórico*: «Iba de árbol en árbol y de derecha á izquierda indiferentemente, diciéndome á mí mismo: Aquí no hay ningun camino trazado, ninguna ciudad, ninguna de esas reducidas habitaciones, nada de presidentes, de repúblicas, de reyes... Y para probar si me habia restablecido en mis derechos primitivos, me entregaba á mil actos de mero capricho que hacian rabiar al corpulento holandés que me servia de guia, y que indudablemente me creia loco.»

Entramos en los cantones de las seis naciones iroquesas, y el primer salvaje que encontramos fue un jóven, que á guisa de correo marchaba delante de un caballo en el cual se veia sentada una india adornada á uso de su tribu. Mi guia les saludó dándoles los buenos dias al pasar.

No debe olvidarse que en la frontera de aquella soledad tuve el honor de ser recibido por uno de mis compatriotas, aquel Mr. Violet maestro de baile entre los salvajes, y cuyas lecciones pagaban en pieles de castor y pernils de oso. «En medio de una selva se descubria una especie de granja, y en ella hallé como una veintena de salvajes, entre hombres y mujeres, pintarrajeados como los brujos, con el cuerpo medio desnudo, las orejas recortadas, plumas de cuervo en la cabeza y anillos pasados por las narices. Un francés de escasa estatura, con el pelo empolvado y rizado á la usanza antigua, casaca verde-manzana, chupa de droguete, guirindolas y vuelos de muselina, tocaba

un violín de bolsillo y hacia bailar un *Madelon Friquet* á aquellos iroqueses. Mr. Violet, al hablarme de los indios, me decia siempre: *Estos señores salvajes y estas señoras salvajesas*, y elogiaba mucho la ligereza de sus discípulos: en efecto, jamás he visto hacer semejantes cabriolas. Mr. Violet, con su pequeño violín entre la barba y el pecho, preludiaba el instrumento fatal, y exclamaba en iroqués: ¡*A sus puestos!* y todos saltaban como una bandada de demonios» (1).

Ciertamente era una cosa bastante extraña para un discípulo de Rousseau, aquella introduccion á la vida salvaje por medio de un baile que daba á los iroqueses un antiguo marmiton del general Rochambeau. Continuamos nuestro camino, y desde este punto dejó hablar al manuscrito tal y cómo lo he encontrado, ora bajo la forma de *narracion*, ora bajo la de *diario*, y algunas veces en *cartas* ó simples *anotaciones*.

## LOS ONONDAGAS.

Llegamos á la orilla del lago que ha tomado su nombre del pueblo iroqués de los Onondagas, y necesitando descanso nuestros caballos, elegí en union con mi holandés un lugar á propósito para establecer el campo. Nos hallábamos en la garganta de un valle, y en la parte en que un rio bullicioso salia del lago. Este rio corre apenas cien toesas al Norte en línea recta, cuando se replega al Este y se desliza paralelo á la orilla del lago por la parte exterior de las rocas que ciñen á este.

En la curva formada por este rio fue donde erigimos nuestro aposento nocturno: fijamos en tierra dos palos altos, colocamos horizontalmente en la horcajadura de estos una larga vara, y apoyando en esta y en el suelo cortezas de abedul, formamos un techo digno de nuestro palacio. La hoguera de viaje fue encendida para cocer nuestra cena y cazar los incómodos mosquitos que tanto abundan en aquellas regiones; y así nuestras sillas como nuestras capas nos sirvieron de almohadas y de mantas bajo el *ajupa*.

Atamos una campanilla al cuello de nuestros caballos y los soltamos en los bosques. Aquellos animales, dirigidos por un instinto admirable, nunca se apartaron tanto que pudieran perder de vista el fuego que encendieron sus amos durante la noche, para dar caza á los insectos y defenderse de las serpientes.

Desde el fondo de nuestra choza gozábamos de una vista pintoresca. A nuestro frente se extendía el lago sumamente estrecho y rodeado de selvas y rocas; y á nuestro derredor, el rio, envolviendo nuestra península con sus verdes y limpidas aguas, barria las orillas con impetuosidad.

No eran aun las cuatro de la tarde cuando terminamos nuestro albergue, y tomando mi escopeta fui á pasear por las cercanías. Primero seguí la corriente del rio, pero mis excusiones botánicas no dieron resultado satisfactorio, pues las plantas variaban poco, reduciéndose solo á las numerosas familias de las *plantago virginica*, y á algunas otras de las que adornan las praderas, todas bastante comunes. Dejé luego las orillas del rio por las del lago, y no fui mas afortunado, pues exceptuando una especie de rododendro, nada hallé que valiese la pena de detenerme en ellas: las flores de este arbusto, de un vivo color de rosa, producian un efecto encantador con el agua azul del lago donde se reflejaban, y el oscuro declive de la roca en que penetraban sus raices.

Habia pocas aves, y solo descubrí una pareja solitaria que revoloteaba en frente de mí, pareciendo complacerse en dar movimiento y amor á la inmovilidad y rudeza de aquellos sitios. El color del macho me

(1) Itinerario.

hizo reconocer el ave blanca ó *passer nivalis* de los ornitólogos. Creí tambien oír la voz de esa especie de osifraga tan bien caracterizada por la definicion *strix exclamator*; pero, ave tan inquieta como todos los tiranos, me fatigaba en vano en perseguirla.

El vuelo de esta ave me condujo á través de los bosques hasta un valle cerrado por unas colinas de mudas y pedregosas, y en aquel lugar extraordinariamente retirado se veia una mala cabaña de salvaje, medio construida entre las rocas, y una flaca y macilenta vaca, que pacia en un prado al pié de la Peña.

Siempre me han inspirado cariño estos pobres abrigo: el enfermizo animal se acomodó en un rincon, pues el desgraciado teme despertar con su vistanamientos que los hombres rechazan. Fatigado de mi escursion me senté en lo alto del collado que recorria, teniendo á mi frente la choza india situada en la colina opuesta; tendí en tierra mi escopeta, la coloqué á mi lado, y me abandoné á esos ensueños cuyo encanto he experimentado con tanta frecuencia.

Habian pasado apenas algunos minutos cuando oí voces en el fondo del vallecillo, y descubrí tres hombres que conducian cinco ó seis vacas cebadas. Despues de haberlas dejado pacer en la pradera, se dirigieron hácia la flaca, que alejaron á palos.

La aparición de aquellos europeos en un lugar tan desierto, me fue extraordinariamente desagradable, haciéndola aun mas importuna su violencia, pues echaron á la pobre bestia entre las rocas, riéndose á grandes carcajadas, sin duda porque la exponian á romperse las piernas. Una mujer salvaje, al parecer tan miserable como su vaca, salió de la choza aislada, y avanzando hácia el espantado animal, la llamó con dulzura y la ofreció una cosa que comer. La vaca corrió hácia ella alargando el cuello con un débil mugido de alegría; pero los colonos amenazaron desde lejos á la india, y volvió á su cabaña. La vaca la siguió: detúvose á la puerta donde su amiga la albagaba con la mano, y el animal reconoció lamia aquella mano protectora. Los colonos se habian retirado.

Yo me levante, bajé la colina, atravesé el vallecillo, y subiendo la colina opuesta, llegué á la choza resuelto á reparar en cuanto de mí dependiese la brutalidad de los hombres blancos. La vaca, al verme hizo un movimiento para huir; pero andando con precaucion, llegué, sin que se marchase, hasta la habitacion de su ama.

La india habia entrado en su casa, y al umbral de ella pronunció la salutación que me habian enseñado: ¡*Siegoh!* ¡*He llegado!* La india, en lugar de devolverme mi salutación por la repetición acostumbrada ¡*Habéis llegado!* nada respondió. Yo juzgé que la visita de uno de sus tiranos la era importuna. Púseme entonces á mi vez á acariciar á la vaca, y la india pareció llena de admiración, viéndose en su rostro amarillo y apesadumbrado señales de enternecimiento y casi de gratitud. Aquellas misteriosas relaciones del infortunio arrasaron en lágrimas mis ojos: hay cierta dulzura en llorar males que no lo han sido por nadie.

Mi huésped me miró aun por algun tiempo con una especie de duda, como si temiese que tratara de engañarla; pero despues dió algunos pasos, y pasó su mano por la frente de su compañera de miseria y soledad.

Animado por aquella muestra de confianza, dije en inglés, por haber ya agotado mi lenguaje indio: «¡Está muy flaca!» y la india me respondió tambien en mal inglés: «Come muy poco.» *She eats very little.* «La han echado brutalmente,» repliqué, y la mujer me respondió: «Estamos acostumbradas á eso las dos *boht.*» Yo contesté: «¿Esta pradera no es vuestra?» Ella respondió: «Era de mi marido, que ha muerto. No tengo ningun hijo, y los blancos traen sus vacas á mi pradera.»

Yo nada tenia que ofrecer á aquella indigente criatura: mi obligación habiera sido reclamar la justicia

en su favor; ¿pero á quién dirigirme en un país en que la mezcla de los europeos y de los indios habia confundido las autoridades; donde el derecho de la fuerza arrebatada la independencia al salvaje, y donde el hombre civilizado, casi convertido en salvaje, habia sacudido el yugo de la autoridad civil?

Nos separamos por fin, la india y yo, despues de habernos estrechado la mano, y mi huésped me dijo muchas cosas que no comprendí, y que serian sin duda deseos de prosperidad para el extranjero. Si no han sido oídos por el cielo, no es culpa de la que oró, sino de aquel por quien fue dirigida la súplica, pues todas las almas no tienen igual aptitud para la dicha, así como todas las tierras no producen mieses.

Volví á mi *ajoupa*, donde tuve una comida bastante triste. La tarde fue magnífica: el lago, en un reposo profundo, no ofrecia la menor agitacion en sus aguas; el rio habia murmurando nuestra península, que decoraban falsos ébanos en flor: el ave llamada *cucú de la Carolina*, repetía su canto monótono, y la escuchábamos ya á nuestro lado, ya á una distancia lejana, según que el ave cambiaba el sitio de sus reclamos amorosos.

Al día siguiente me acompañó mi guia á la visita de cumplido al primer saquem de los Onondagas, cuya población no estaba lejos. Llegamos allí á las diez de la mañana, é inmediatamente me vi rodeado de multitud de jóvenes salvajes, que me hablaban en su lengua, mezclando frases inglesas y algunas palabras francesas: hacian gran ruido, y parecian alegres. Estas tribus indias enclavadas en los desmontes de los blancos, han adoptado algo de sus costumbres: tienen caballos y ganados, sus cabañas están llenas de muebles y utensilios comprados en Quebec, Montreal, Niagara y el Estrecho, ó en las ciudades de los Estados-Unidos.

El saquem de los Onondagas era un viejo iroqués en todo el rigor de la palatara; su persona guardaba el recuerdo de los antiguos usos, y de los antiguos tiempos del desierto: grandes orejas recortadas, perlas pendientes de la nariz, rostro abigarrado de diversos colores, pequeño penacho de cabellos en la parte superior de la cabeza, túnica azul, manto de piel, cinturón de cuero con el cuchillo de escarpa y rompe-cabezas brazos con varios dibujos, *mocasinas* en los piés, y un collar de porcelana en la mano.

Me recibió bien y me hizo sentar en su estera: los jóvenes se apoderaron de mi escopeta, y desmontaron y montaron la chimenea con una destreza sorprendente: era una sencilla escopeta de caza, de dos cañones.

El saquem hablaba inglés y entendía el francés, y como mi intérprete sabia el iroqués, se estableció facilmente la conversacion. Entre otras cosas me dijo que aunque su nacion habia estado siempre en guerra con la mía, la estimaba. Me aseguró que los salvajes no cesaban de recordar con placer á los franceses, al paso que se lamentaban de los americanos, que bien pronto no dejarían á los pueblos que habian acogido á sus antepasados, ni aun tierra para cubrir sus huesos.

Hablé al saquem de la desdicha de la viuda india, y me dijo que en efecto aquella mujer era perseguida, pero que él habia solicitado muchas veces el auxilio de los comisarios americanos con objeto de protegerla, y que no habia podido obtener justicia, añadiendo que en otro tiempo los iroqueses lo hubieran hecho.

Las mujeres indias nos sirvieron una comida. La hospitalidad es la última virtud salvaje que ha quedado á los indios, en medio de los vicios de la civilizacion europea. Sabido es lo que era en otro tiempo aquella hospitalidad: una vez recibido el viajero en una cabaña, era aneja la inviolabilidad: el hogar tenia la potestad del altar, y el hombre acogido á él era sagrado. El dueño de aquel hogar se haria matar antes que se tocara á un cabello de su cabeza.